

nuestro siglo. ¿Podemos factararnos de que sea  
luminosa la civilización del siglo diecinueve? Los  
pueblos que se llaman cultos hoy, eran verdaderam<sup>te</sup>  
civilizados? En la conciencia de los hombres pensadores se  
buena fe existe una convicción tan triste como profunda,  
de que es mucho lo que falta a nuestro siglo para que  
pueda envejecerse con justicia de una civilización com-  
pleta. En vano que el invente maquinarios y atandinos,  
con el estruendo de sus máquinas y el sus adelantos indus-  
triales, en vano que quicia legamos con las naves y  
de las naves de humo que arrojan sus soberbias fabricas  
y sus máquinas de vapor: á través de este ruido, á tra-  
vés de este humo, llegan á nosotros oydo los quejidos del  
gran doliente, de la humanidad. Es indudable que sufre,  
es indudable que algo le falta. No tener tacha por  
esto de que adolecemos de era atarabalis de los capintus de eson  
tentadinos, que parecen empinados en no encontrar cosa  
alguna buena en los tiempos presentes. Nada mas le-  
jos de nuestro modo de pensar: nada mas infuso en nues-  
tro modo de sentir. Somos los primeros en reconocer  
como muy legatirados los titulos honorarios que la huma-  
nidad agradecida ha decretado en su infalible jurado,  
al siglo diecinueve. Con tanto entusiasmo como el  
que nos, se aclamamos siglo de la luz. Siglo de la ilus-  
tración. ¿Ni como podíamos desconocer la justicia con